

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 69

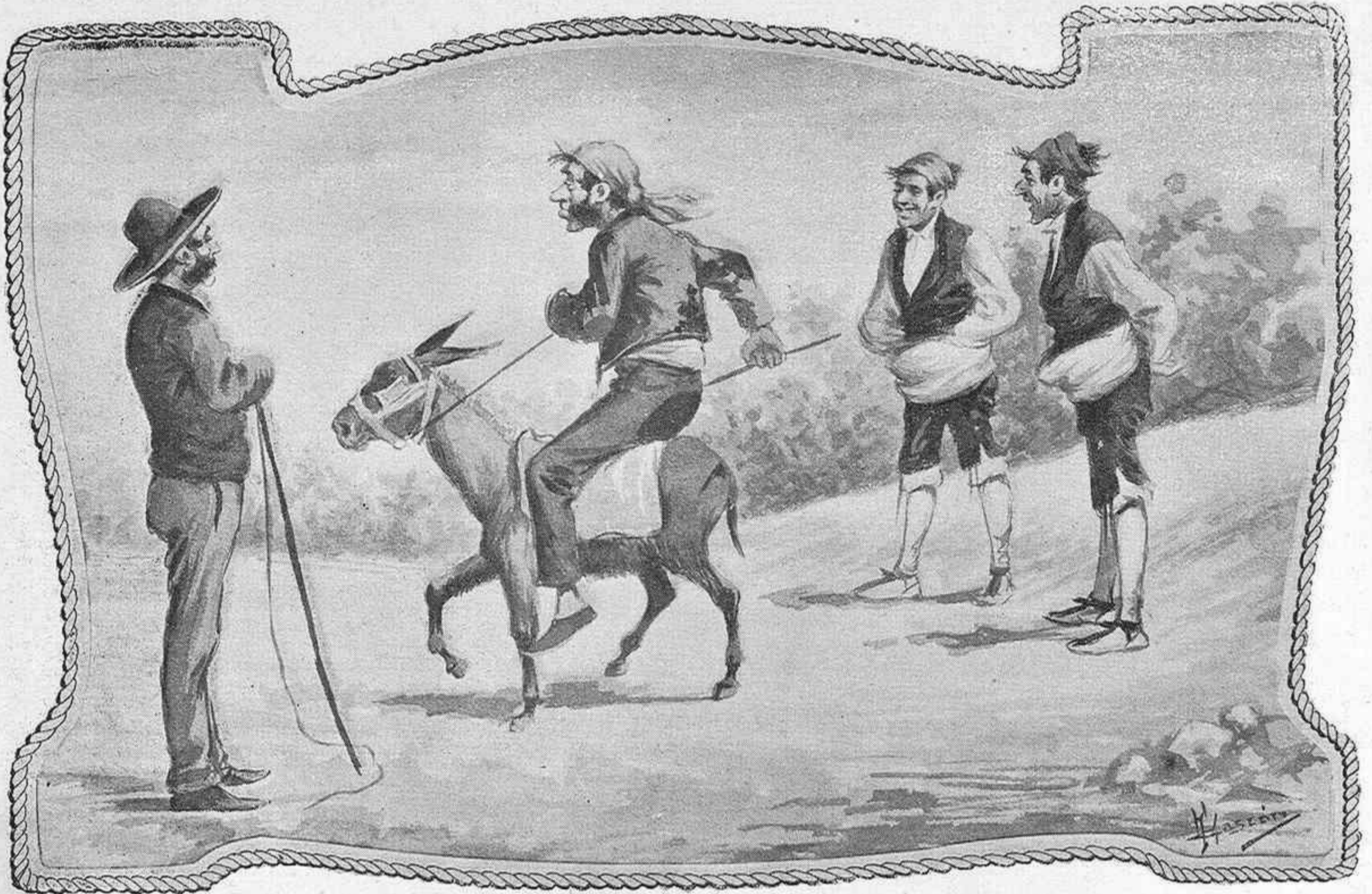
MATILDE PRETEL

Fot. de Audouard.

FEAS ARTES

V

PROCEDIMIENTOS GITANESCOS



DONDE vean ustedes un gitano ó una gitana... ¡*maresita* mía! háganse cuenta que están examinando el camino de la horca. Porque gitanos y gitanas, sin agraviarlos, todos ellos, sin excepción, cultivan con gran aprovechamiento quiénes todas y quiénes algunas de las FEAS ARTES.

Los gitanos campestres dedícanse al género grande, distinguiéndose en *entierros* y *atracos* y sobre todo en la *adquisición* de caballerías. Los que habitan en las ciudades rayan á gran altura en el género chico; ellos venden y esquilan perros y se apropian *perras*; ellas se apoderan de cuanto hallan á mano y leen en las manos de cuantos lo desean su pretérito, presente y futuro. ¡Oh, qué *artistaxos* resultan todos los gitanos, machos y hembras!

¿Ven ustedes á aquel tipo aceitunado, caballero en un burro garañón, que trota con dificultad disimulada, ante un paleta que le admira? Pues sabremos noticias de él bien pronto. Pero antes dejemos que el *caballero* ponga en las nubes las virtudes del animal; que el paleta regatee su valor y que ambos convengan en su precio definitivo. Por fin el paleta desembolsa la moneda; el gitano obsequia á los que han presenciado el trato con unas copas de vino, como alboroque, y el comprador se aleja satisfecho al galope de su cabalgadura, mientras el vendedor grita:

—¡Vayazté con Dio! ¡Ay de mí, que paese mesmamente que me z'ha yevao ozté la lu é mis ojizoz!

Eze jumento é una alhaja; atravieza lo aire como una águila riá, ú como una baía é Maüse.

—Camará, — le pregunta un compadre, — ¿de ande ha zacao osté ese armatozte? Ya zé yo quién ez. Er marío é la burra é Balaam.

—Po z'ha equivocao ozté. Y no é coza eztraña, porque el animá ha cambeao de coló, como lo camaleone, y de modo de andá, como las mosillas coquetas. Vaya un sigarro á que no endivina osté quién é er interfeuto.

—Pué se que zea un cameyo recortao...

—¡Quiá! Zi é er mezmo burro que tenía endenante, antiyer, er chavó que me l'ha mercao...

—¿Y no lo ha conosío er lipendi?

—Zeñó Juan, ozte m'agravia. ¿Pa qué zirve entonse er arte y la sensia chanalezca? A eza bestia no la conose ya ni zu papá. Conque, venga er pitiyo.

Entra una gitana en una casa, para vender algo y...

—¡Dio é Dio! — exclama mirando á una pared, y santiguándose—zi é ayí... Digazté, zeñora, ¿cuánto tiempo hase que vive uzté aquí?

—Dos años.

—¡Claro eztá! Y no lo zabe... Po si vive ozté ande hay un tezoro de onzas... Yo zólo lo zé. Ayí, en lo jondo... zí... zí... ¡ay! E uzté mionaria.

Aquí la *artista* gitana da muestras de conocer el arte de la declamación mejor que la primera actriz. Qué gestos, qué exclamaciones, qué ademanes tan bien estudiados... Resulta que ella presenció la cons-

trucción de aquella casa; que el maestro de obras, descendiente de una tribu amiga de la de la gitana, aconsejado por ésta, depositó mil onzas de oro entre ciertos ladrillos que ella conoce, — porque seguramente era aquel señor muy caprichoso y metía el oro donde se le antojaba; — que el tal ha muerto y ella, guiada por Dios y la Virgen, ha entrado allí aquel día para hacer la suerte de la inquilina, mediante ciertas condiciones.

Ella no es interesada ¡ca! Se desvive por el bien de los otros. Es preciso que se mate un carnero con manchas negras; que se le extraiga un riñón; que se le entregue á ella, junto con aceite de almendras y tres alfileres de cabeza negra y una cabeza de ajo y una vela de sebo encendida, para alumbrar la ceremonia aquella noche, á las doce en punto. La puerta de la casa ha de estar abierta, y un hombre tuerto ha de cantar bajito un tango gitanesco-religioso, mientras ella actúa. Recitará ciertas oraciones; meterá en un bolso cien duros en billetes de Banco, que le entregará la inquilina; abrirá entonces el bolso; pronunciará varias palabras mágicas; colgará el bolso en el lugar donde las onzas yacen y... éstas abandonarán inmediatamente su sepultura.

Y así se hace. Un compañero de hampa se sienta aquella noche en un escalón, cantando *sotto-voce* sentidos tangos como el más consumado *artista* flamenco. La bruja enciende la vela; mete los billetes en el bolso, á la vista de la que va á ser propietaria de las onzas; cuelga aquél en la pared; unta el riñón con el aceite; restriégalo con el ajo; atraviésalo con los alfileres; manda á la inquilina postrarse de rodillas ante todo aquello y que permanezca en tal actitud hasta que den las doce en el reloj de la estancia, sin hablar, ni moverse, vea y oiga lo que fuere. Son las doce menos cinco.

La gitana sale á la escalera; únese al gitano; ambos abandonan la casa y... la del humo. Cuando la inquilina se cansa de estar de rodillas, al verse sola, el corazón le da un salto. Corre á examinar el bolso y por arte mágico ve que los billetes de Banco se han convertido en un papelillo donde se lee: «M'alegro de verte güena».

A las señoras gitanas que esto hacen, se les denomina *mecheras*.

Los *artistas* gitanos que se dedican al esquileo de bestias, hacen primores con las tijeras. Unas veces dibujan con ellas caprichos sobre los canes; otras le sacan las tripas á cualquier cristiano.

Cuando algunas individuos recorren los comercios, yendo de compras ¡pobres horteras! no les bastarían los ojos de Argos para vigilarlas. En menos que canta un gallo han desaparecido piezas enteras de tela, que ya no vuelven á ver.

Nacen los gitanos predestinados para las FEAS ARTES. Desde que son *churumbeles*, instintivamente,

son capaces de robar hasta la respiración. Como del basilisco se dice que mataba con la mirada, con la mirada es capaz un gitano de arrebatarse un portamonedas.

¡Pobrecillos! Y se les castiga... Continuamente gitanos y gitanas habitan en cárceles y galeras. ¿Qué culpa tienen ellos de haber nacido *artistas feos*? Parece mentira que gentes que dicen la buena ventura la tengan tan mala. El día que desaparezcan, habrá perdido la sociedad muchas notabilidades *artísticas* y las FEAS ARTES estarán de pésame. Pero, por fortuna para éstas, el tal día está lejano, pues por más que se conocen de sobra las truhanescas aficiones de gitanos y gitanas, la policía les deja circular entre la



gente honrada, como si fuesen las personas más pacíficas del orbe.

Respetemos la voluntad de la policía.

JULIO VICTOR TOMEY

SOL

«LOS DE DERECHO»

PRONTO, á la calle! Que nos esperan en la fotografía los muchachos. Nos vamos á retratar los de Derecho.

Ninguna orden más grata en su apremiante absolutismo.

¡Los muchachos! ¡Los de Derecho! En dos palabras, toda una radiación de juventud y contento, la página más bella de los borradores abandonados que constituyen el pasado; la página de ayer, la que conserva rientes y frescos los recuerdos de la vida de Universidad.

Los muchachos, que esperan, y que se han acordado de uno, al ir á confiar á la placa fotográfica para larga constancia en el tiempo, la prueba de substancia de los vínculos nacidos en las bancas del aula, de la solidaridad oreada por los comunes afanes y las comunes victorias... ¡Qué deliciosa impresión!

Deliciosa en absoluto, y recibida por añadidura en la mañana de uno de esos días deslumbrantes que chispean oro y cantan azul, uno de esos días que el

buen Dios enciende en la gloria el más bello sol primaveral, y difunde luego por el mundo, al abrir de par en par la puerta de los cielos, diciendo: «¡Para la juventud!»

¿Qué extraño, pues, que en la salita de la fotografía clamorearan contentos los ecos, y que por las abiertas ventanas del balcón se derramara en el espacio, vibrando con estrépito de jarana, toda la alegría de vivir, reconquistada al contacto de gratos recuerdos, en un bello momento de expansiones y cordialidades ha tiempo no gustadas?

Diez y ocho nos encontramos allí; diez y ocho justos. Los más, ya personas de chapa y título, pero con el primer relieve de nuevo cuño todavía; los menos, prontos para recibir el golpe de troquel en la última prueba universitaria.

Reunidos allí otra vez, combinados en grupitos al acaso, turbulentos, alegres como en los mejores días, conversando á borbotones, arrebatándose las palabras,



porque había mucho atrasado que decirse en poco plazo, verdadero nido de pichones... de abogado, evocaban de inmediato en el espíritu todos los recuerdos dormidos en el tiempo: el bullicioso patio de Preparatorios, las tranquilas aulas de Derecho y las horas de jolgorio, las noches de fiebre, las ansie-

dades del *abatamiento*, los transportes de la *salvada*, toda una era, desde el *Epaminondas filius Polymny* hasta el *locus regit actum* y la «arribada forzosa»... al examen de tésis.

Esa fué la gran instantánea que se perdió Fitz-Patrick y nuestro excelente fotógrafo: la de los grupos en plena expansión del encuentro, la charla del primer momento, la Babel de los recuerdos que en el caprichoso choque de las frases sueltas enlazaba el remedio de la pronunciación del terrible catedrático de latín, aquel que decía *Chicherón* con el solemne recurso extraordinario de nulidad notoria.

Luego hubo, en el tocador, enfático atusamiento de bigotes, nacidos muchos en los dos últimos años, y otros, ¡ay! todavía por nacer; tiroteo de cordiales cuchufletas y hasta uno que otro papirotazo de au-



téntica data decenal.

Y, por fin, ya ante el lente, la frase que faltaba, la frase del momento, encontrada por el reposado *humor* de Ramasso.

—Diez y ocho abogados. Si cayera del techo una sucesión ¿llegaría al suelo?

* * *

La grandeza de la fotografía consiste, para mí, en lo que puede contra el tiempo, contra el futuro, contra el olvido.

Confiados á la memoria, los sentimientos ó las impresiones de un determinado instante palidecen, se esfuman, se van del alma... Confiados á la vibración dorada de la luz, van hasta la placa, que los siente llegar, se estremece á su contacto, y en el estremecimiento los aprisiona, fijando como desafío al tiempo, el instante de cordialidad que reunió un grupo de imágenes ante el cristal codicioso: la sobremesa alegre de un banquete de amigos; el epitalamio de la nueva pareja en la hora nupcial, todo lo que el corazón quiere guardar... y que á veces no guarda.

Felizmente y nosotros, «los de Derecho», confiamos á la placa nuestra hora de confraternidad, robada á la dispersión que impone como tributo la implacable lucha por la existencia; y ahora, suceda lo que suceda en el porvenir, la vista de ese bello grupo de compañeros que sacó Fitz-Patrick bastará para hacer reverdecer las gratas impresiones, los vínculos de solidaridad y los recuerdos de afecto que nos reunieran ante el objetivo.

El momento pasó y ha quedado ya lejos en la veloz é implacable carrera del tiempo; pero su imagen, prisionera en la placa, es nuestra, y con ella hemos fijado para siempre el recuerdo de lo que no debe olvidarse.

Por eso, sin duda, al despedirnos nuevamente en la calle inundada de luz, todos nos estrechamos la mano, contentos de nosotros mismos, y volvimos á casa alegres como si cada uno llevara un pedazo de sol en el alma.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

Montevideo.

Ilustraciones de ARGEMÍ.

DELICIOSA

Ven á mi huerto: las arpas vibran armoniosos cantos; y perfuman el ambiente los heliotropos y nardos; aquí es aurora la vida sin las penumbras de ocaso.

Santa Fe (República Argentina).

Ven; adornaré tu frente con bellos jazmines albos, y así brillarán tus ojos como en el cielo los astros, sobre la belleza rara de tu palidez de mármol.

Y ebrio de amor, delirante, te meceré en mi regazo, y exhalarán sus perfumes las flores de mis naranjos, al rasgarse el niveo velo que oculta tus senos blancos.

LUIS MARTÍNEZ MARCOS



TRINOS

Como es María Rosa
tan sencilla, tan pura y tan hermosa,
el cura, al confesarla, se embelesa,
¡y en vez de confesarla, se confiesa!

Como ella era virtuosa, cual ninguna
y hacia al cielo, al morir, tendió su
[vuelo,
al verla en el vestíbulo del cielo,
gritó el ángel guardián: «¡Once mil
[una!!»

Como te tengo ya tan estudiada,
has de saber, Felisa,
que me sé de memoria tu sonrisa
y leo de corrido en tu mirada.

¡Igual que yo, caminas
pisando flores por coger espinas.

Me han dicho que te casas, y no dudes
que me ha sido muy grata tal noticia,
porque bueno es que tú también ayudes
á darle de comer á la Justicia.
Pues, según lo acredita el testimonio
de millones de causas criminales,
á no haberse inventado el matrimonio,
pedirían limosna los curiales.

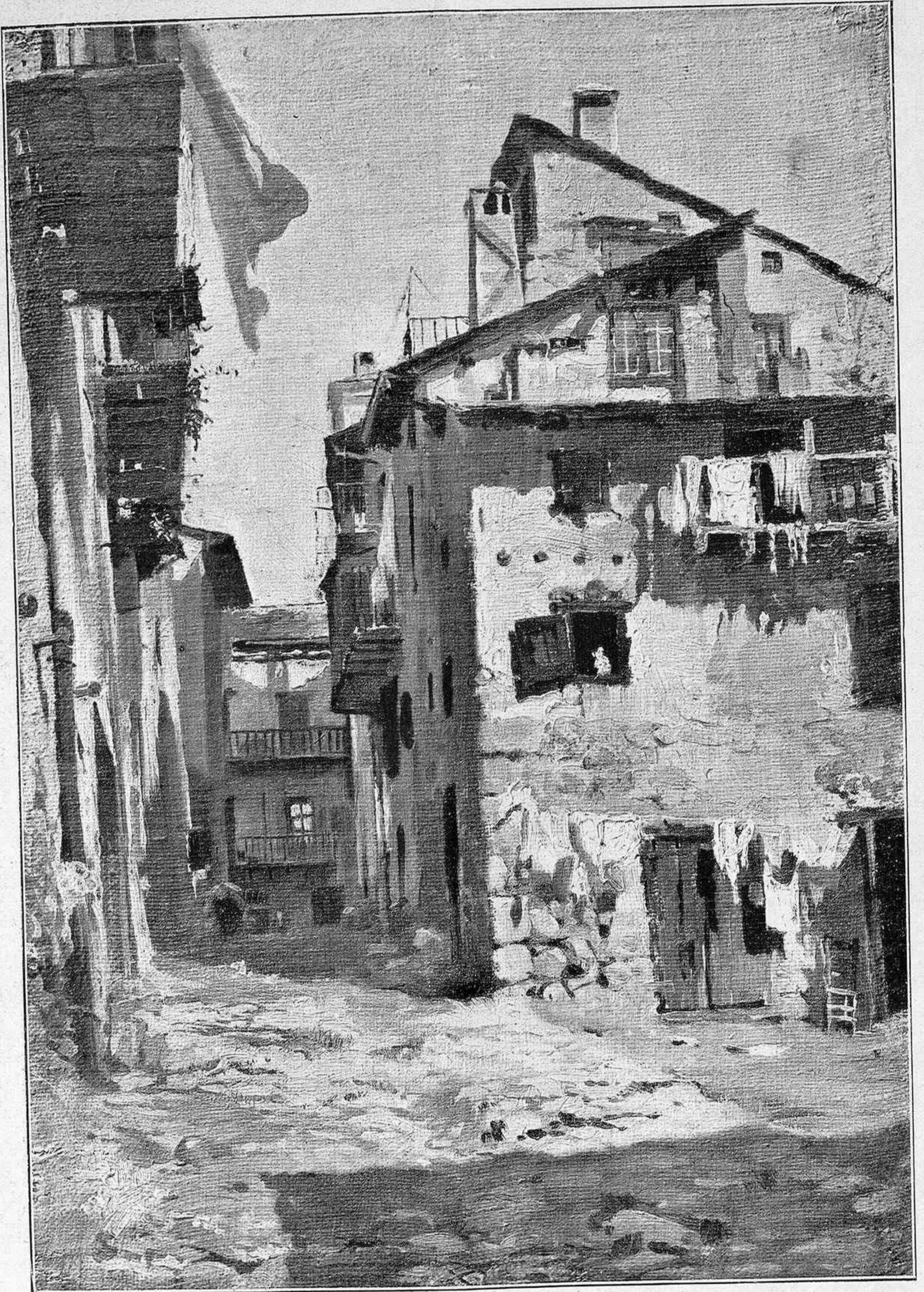
Yo renuncio á la gloria, aunque es muy grata,
porque ya me he aprendido de memoria
que vale más un duro, ... si es de plata,
que todos los tesoros de la gloria.

MANUEL SORIANO

A. M. Bosque

Orla de A. M. BOSQUE.

JULIO BORRELL



ESTUDIO DEL NATURAL.

LA VENGANZA DEL AGÜELO

CUADRO DE COSTUMBRES

ANDALUZAS

Al salir de su casa para entrar de tercio en el molino, Manolico se despidió de su hija, llorando de rabia y de vergüenza. La pobre Maalena se lo había confesado todo: sus amores secretos con Josico, mozaucón perdulario, que, después de deshonrarla, la dejaba burlada sin más recurso que desesperarse y maldecir de su triste sino.

Manolico, al escuchar la confesión, sintió partirse el alma: quería á su hija con delirio, reconcentrando en ella todo el cariño que le inspiraba su difunta compañera, y la idea de ver destruídas sus más preciadas ilusiones, le volvía loco de furor. Era un hombretón sanguíneo, forzudo, á pesar de haber rebasado con creces la *media esportilla*, según él afirmaba jocosamente en sus ratos de buen humor; su primer impulso, hubiera sido magullar á golpes la cabeza de Maalena, aquella hermosa cabeza que hacía rabiar de envidia á las demás mozas del lugar y morir de anhelos á los mozos, cuando todos los domingos atravesaba las estrechas calliñas del villorrio moruno para ir á misa; pero pudo más en él el amor hacia aquel pedazo de sus entrañas que la ira que le atenazaba el corazón, y la terrible crisis resolvióse en un torrente de lágrimas, que surcando las rugosidades de su atezado rostro, fueron á caer en la pechera de la camisa.

No; contra la infeliz Malenica, él no podía hacer nada: ¡bastante desgracia era la suya! Contra el otro, sí, todo debía intentarlo: con ruegos al principio, con amenazas si era menester. Y él se ablandaría: ¡cómo no había de ablandarse! Una mocica guapa, hacendosa, y que además, no llevaba vacía la faltriguera...



Con estas razones trató de consolar á la infeliz mozueta Manolico: ¡él, que tan necesitado estaba de consuelos! Porque, allá, en el fondo de su sér, confiaba muy poco en lo que iba á intentar; lejos de esto, parecía convencido de lo inútil de sus gestiones.

Cuando llegó al molino aceitero, faltaban pocos minutos para la media noche, hora en que salía de faena el tercio anterior, en el cual trabajaba el burlador de sus canas, el que había seducido á su hija.

Junto al cuartal de la prensa estaba Josico, llevando en la mano un capacho que acababa de vaciar en la tolva para que poco á poco la aceituna fuese sufriendo la oportuna presión á impulsos del enorme rulo empujado por la tracción de la bestia uncida á la viga de la solera circular.

A Manolico le dió un vuelco el corazón al ver al miserable; éste, le lanzó una mirada zaina y, sin rehuir las palabras que aquel trataba de dirigirle, no pudo contener un movimiento de contrariedad viendo acercarse al padre de la que fué su novia.

—Cucha, Josico,—dijo el primero con tono que se esforzaba en aparentar conciliador;—Maalena me lo ha contado tóo; cree que tú te niegas á cumplir como bueno, pero eso no puede ser: ¿no es verdad que no puede ser eso?—Y al decirlo, fijaba en el mozo una mirada á la vez ansiosa é irascible.

—Yo no sé lo que haya podto contale, agüelo

—contestó Josico despreciativamente;—serán cosas tuyas: si tuvimos ó no tuvimos, allá ella, que por mi parte, tóo se ha rematao.

—Pero ven acá, hombre é Dios,—repuso Manolico exasperándose,—¿piensas tú que voy á consentir que la dejesen el arroyo tras de habela perdido, perrc? ¿Crees que voy á dejála que se muera ó que acaso se mate y mate á lo que traiga, que es tuyo también?

Una burlona carcajada de Josico siguió á tales razones.

—¡Eso sí que es mucho decir, buen hombre! Por el mismo bardal, *puéen colase* muchos matuteros.

Las manos del viejo se crisparon en la semi-obscuridad que envolvía la ancha nave donde emplazado se hallaba el molino, buscando una herramienta con que cortar en la garganta de su interlocutor las ponzoñosas palabras que acababa de escupirle; pero tal vez algo de reflexión acudiera á su mente; tal vez recordase que no le convenía dejar desamparada á la pobre que gemía esperando su regreso; tal vez se hiciera cargo de que llegaba la hora de comenzar su trabajo; ello es, que sin abandonar el hosco aspecto que tenía, sin que la horrible tensión de sus músculos desapareciera, hizose atrás, y dejó que Josico se marchase hacia fuera con su capacho, mientras él se quedaba murmurando amenazas que no debían tardar mucho en cumplirse.

* * *

Con tremenda lentitud transcurrieron para Manolico las seis horas de su turno; sin levantar del suelo los ojos, como temeroso de que alguien pudiese echarle en cara su afrenta, no descansó un instante en el cumplimiento de su deber, buscando en el trabajo un lenitivo para el dolor inmenso que le agobiaba.

Entonces tuvo tiempo de ir repasando punto por punto, en su ofuscada memoria, todos los detalles de que su hija le había hecho mérito en su relación frecuentemente interrumpida por lágrimas de despecho y suspiros de amargura...

Se habían conocido un año antes, en el *botifuera*, festejo que, al terminar la cogida de la aceituna, se celebra consuetudinariamente entre los trabajadores de los olivares andaluces; desde entonces, á hurtadillas del padre, se hablaron por la reja, y él la llevó castañas por los Santos, almendras para los Carnavales, flores en San Juan; ella, loca, obsesionada por



un amor que en las regiones meridionales tiene mucho de carnal y sensualista, fué poco á poco perdiendo terreno en esa lucha sorda y tenaz que el hombre emprende contra la virtud femenina, ruin trabajo de zapa en que casi siempre sale el mal victorioso, por mucho que el bien se encastille en el alcázar de la más rigurosa intransigencia... ¡No era responsable *Maalena*, no! Toda la culpa procedía del infame Josico; justo era que él pagase una parte del pecado que había sido el único en ocasionar...

* * *

Alboreaba cuando Manolico abandonó el trabajo. Era aquel día el de San Antón, y, según costumbre inveterada, la noche antes habíanla pasado mozos y mozas á la puerta del molino, comiendo la clásica *tortillada* alrededor de formidable hoguera, cuyo rescoldo, humeante aún, despedía tenue calor. Varios carros de aceituna llegaban en aquel momento para descargar en los atrojes situados en la parte trasera de la casa; Manolico vió á los que venían, y comprendiendo que, en el día que era, tal vez no hubiese ningún mozo dispuesto á recibir las cargas, dirigióse á la corraliza para vigilar la vuelca de los carromatos.

En la penumbra del amanecer parecióle distinguir un bulto acurrucado en el interior de un atroje vacío: al acercarse más, vió que era un hombre: no tardó en reconocer en él á Josico.

Hedía á vino, y descansaba á pierna suelta, sin duda embriagado por las libaciones de la noche antes en derredor de la hoguera.

Una idea diabólica cruzó la mente de Manolico, cuyos labios se crisparon con sonrisa convulsiva: ¡también el pensamiento del mal ofrece terribles voluptuosidades!

Rápidamente, puso en ejecución el proyecto concebido: en aquel momento, comenzaban á llegar los carros por detrás de la casa, subiendo al terraplén desde donde se vertían los capachos para llenar los

atrojes. La altura de la pared trasera de éstos sin ser extraordinaria, era suficiente para que desde lo alto del terraplén no se viese, dada la media luz del crepúsculo matutino, á Josico durmiendo junto al paredón: con esto había contado el viejo al fraguar instantáneamente sus planes vengativos.

—¡Date prisa, Frasquito!—gritó el padre de Magdalena al primer carrero;—descarga cuanto antes en este atroje—y le mostraba el mismo en que estaba el consabido durmiente.

—¿Por qué no en otro?—gruñó el llamado Frasquito, con el hosco ademán de la gente servil al verse mandado por alguien á quien no se crée en el deber de respetar. —Pero ¡bah!—prosiguió después de un instante, de honda inquietud para Manolico—tanto da; de todas maneras hay que llenarlos...

Y quitando el tablero del carro, se dispuso á verter los capachos repletos de aceituna.

Una avalancha del oleoso fruto se precipitó en el atroje, precisamente encima de donde dormía Josico; éste, en las profundas nebulosidades de su letárgico sueño, lanzó un quejido al sentir caer sobre sí la inmensa mole, cuyo peso le atontó más aún de lo que ya estaba.

—¿No has oído, Manolico?—exclamó el de arriba;—parece que alguien chilla ahí debajo.

—¡No es verdad!—prorrumpió el vengativo padre con ansiedad tremenda; luego, dominándose, dijo:—He sido yo, yo mismo, porque me ha caído sobre un pie un ladrillo de la cornisa...

Vaciados los capachos del primer carro, llegó el segundo y repitió la operación: una nueva oleada de aceituna cayó; vino un tercero después, y luego un cuarto, cuyo contenido caía siempre sobre el cuerpo del borracho, sepultándole más y más en aquel sarcófago *sui generis*...

Con la fría impavidez de un ejecutor de la justicia, Manolico presenció cómo iba subiendo poco á poco el montón de aceituna en el atroje: ya era entrado el día cuando marchó hacia su casa. Magdalena le recibió anhelante, con los ojos embotados por el llanto, reflejándose en su rostro las ansiedades todas de aquella noche cruel: su sola actitud, era una elocuente pregunta dirigida al autor de sus días:

—¿Qué ha dicho? ¿Quiere volver? ¿No me abandona?

—No te apures, hija—exclamó el padre ferozmente:—no quiso venirse á buenas... pero ya no se reirá de ti ¡yo te lo juro!

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

PASATIEMPOS

CHARADA



JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

IOO 50 PRONOMBRE
50 NEGACIÓN

CONDE BIZANCIO.

CUADRADO

o	o	o	o
o	o	o	o
o	o	o	o
o	o	o	o

Substitúyanse los ceros por letras de modo que horizontal y verticalmente se lea: 1.º Flor; 2.º Nombre de mujer; 3.º Fiera y 4.º Animal doméstico.

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR.

Combinación.— L I R I O
C E L O S I A
C A R R A S P I Q U E
G E R A N I O
S I E M P R E V I V A
S E N S I T I V A
B R I O N I A
A M A P O L A
J A C I N T O
C A L E N D U L A
B E G O N I A

Logogrifo numérico.—Primavera.

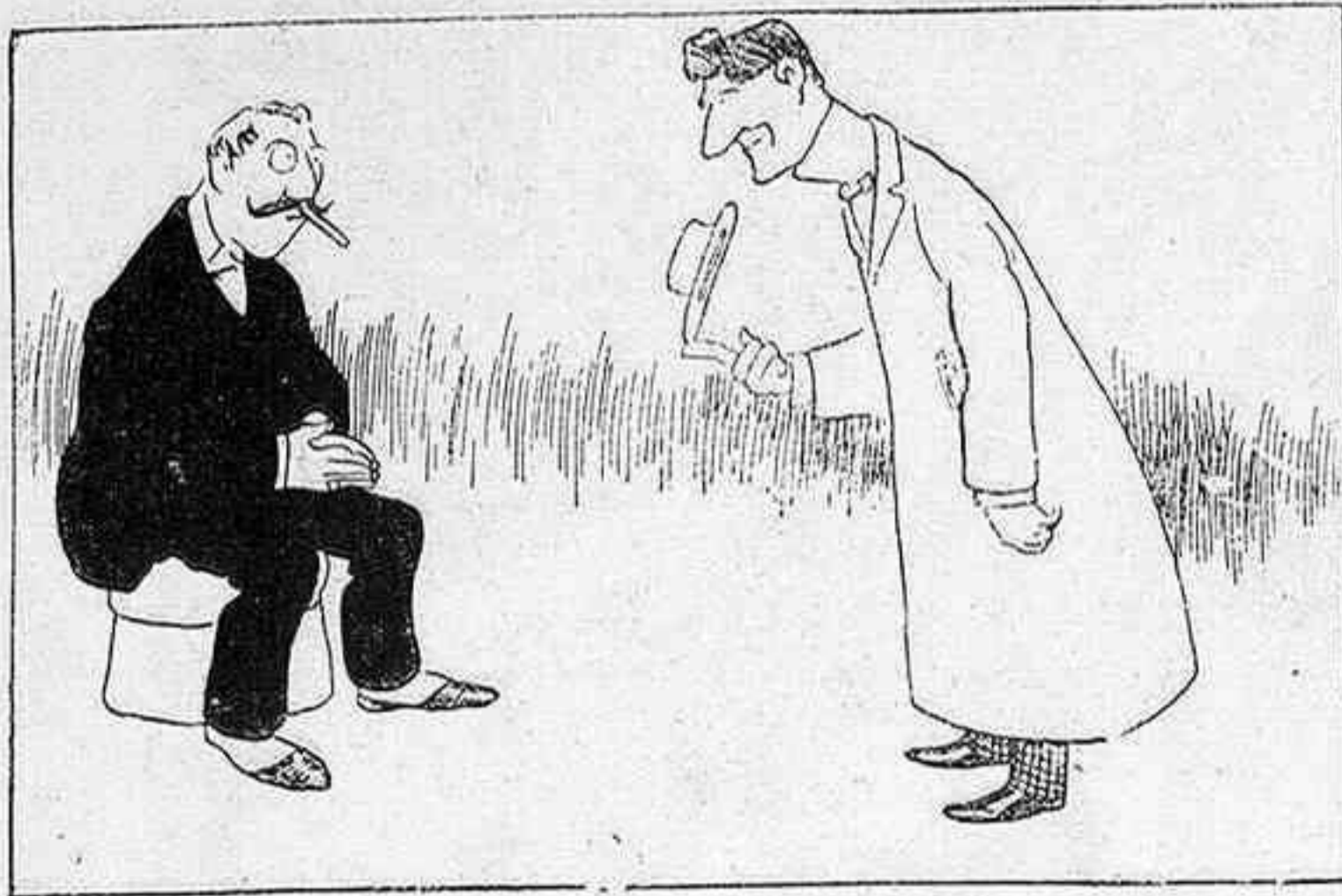
Jeroglífico comprimido.—Antes que tú, yo.

Charada.—Abeja.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	— Nombre de mujer.
2	1	2	3	6	7	— id. id.	
1	2	3	4	5	— Planta.		
5	6	1	7	— Instrumento musical.			
2	3	2	— Animal cuadrúpedo.				
5	4	— Nota musical.					
2	— Vocal.						

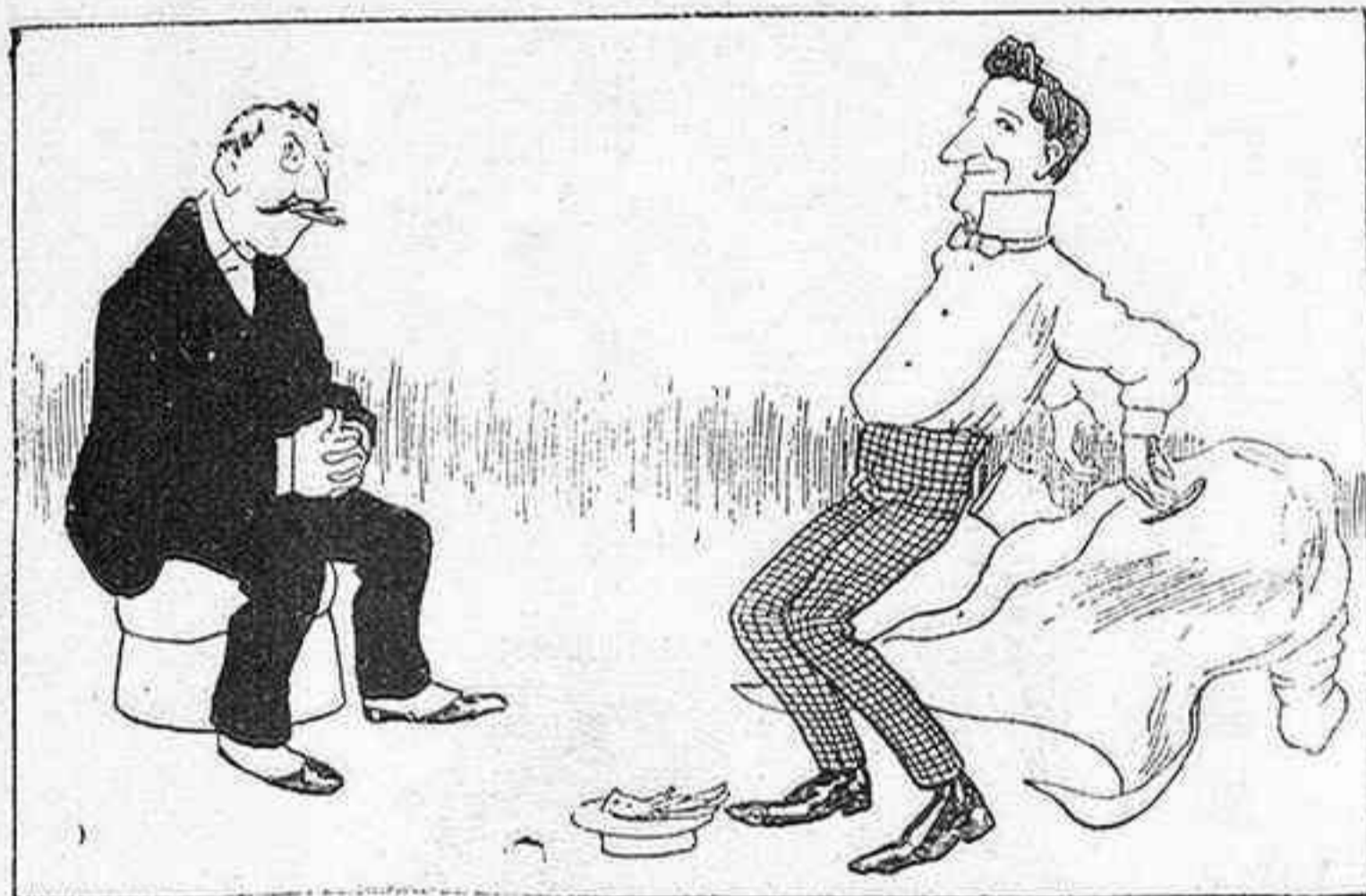
J. F.



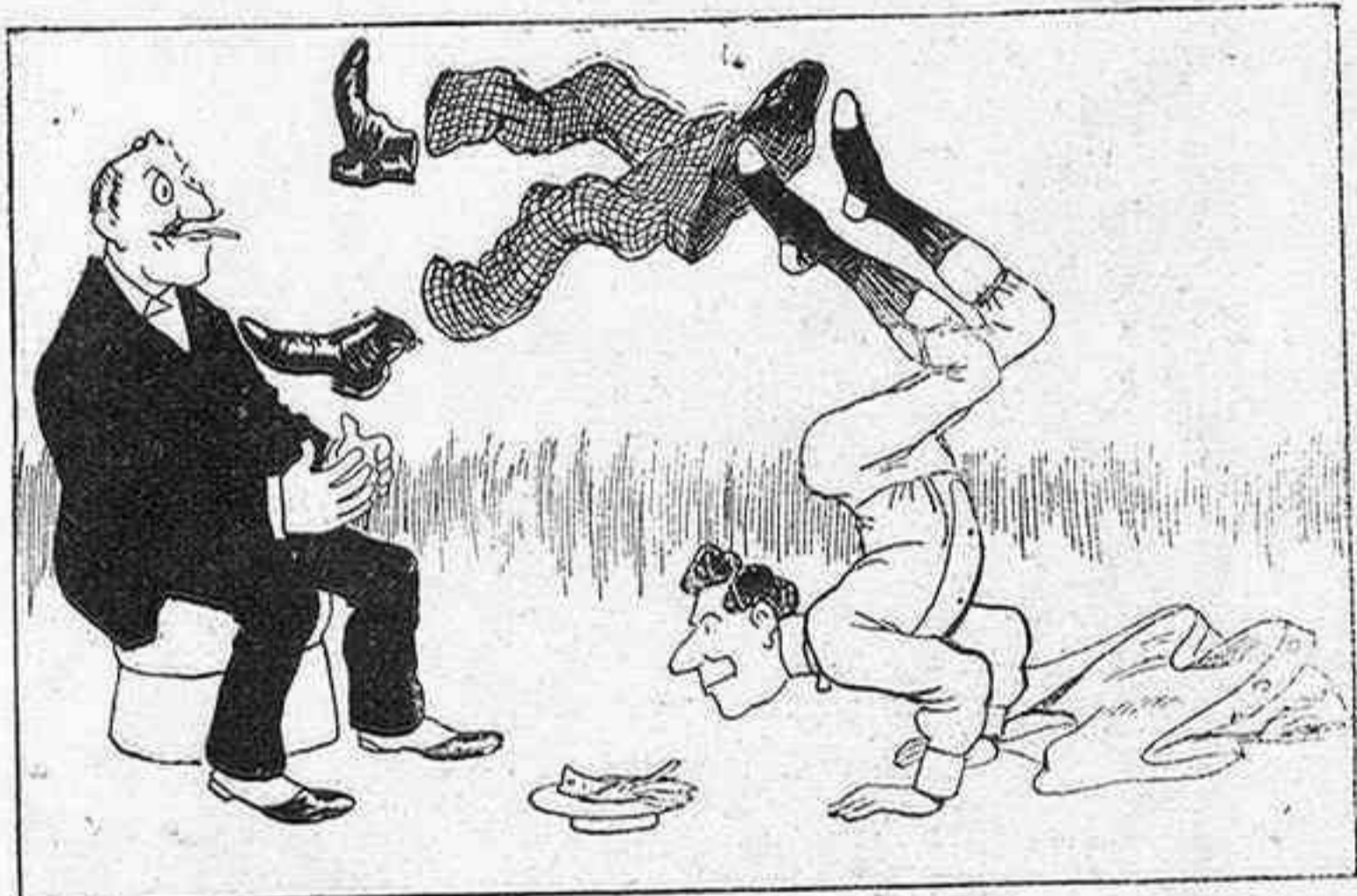
1. —Para entrar en mi Circo, es preciso tener ante todo, buena figura.
—¡Va usted á ver!



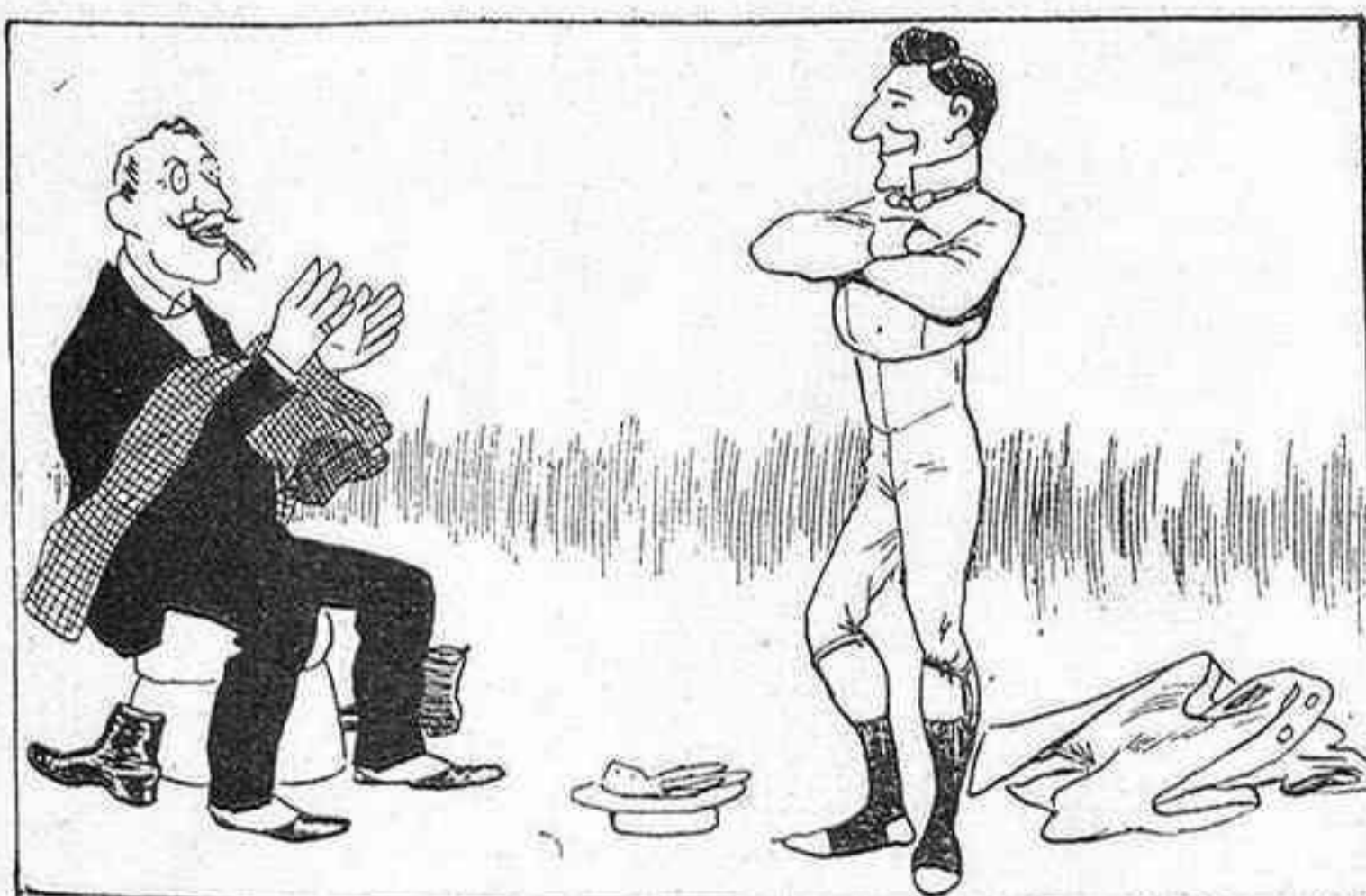
2. —No tardo en desnudarme...



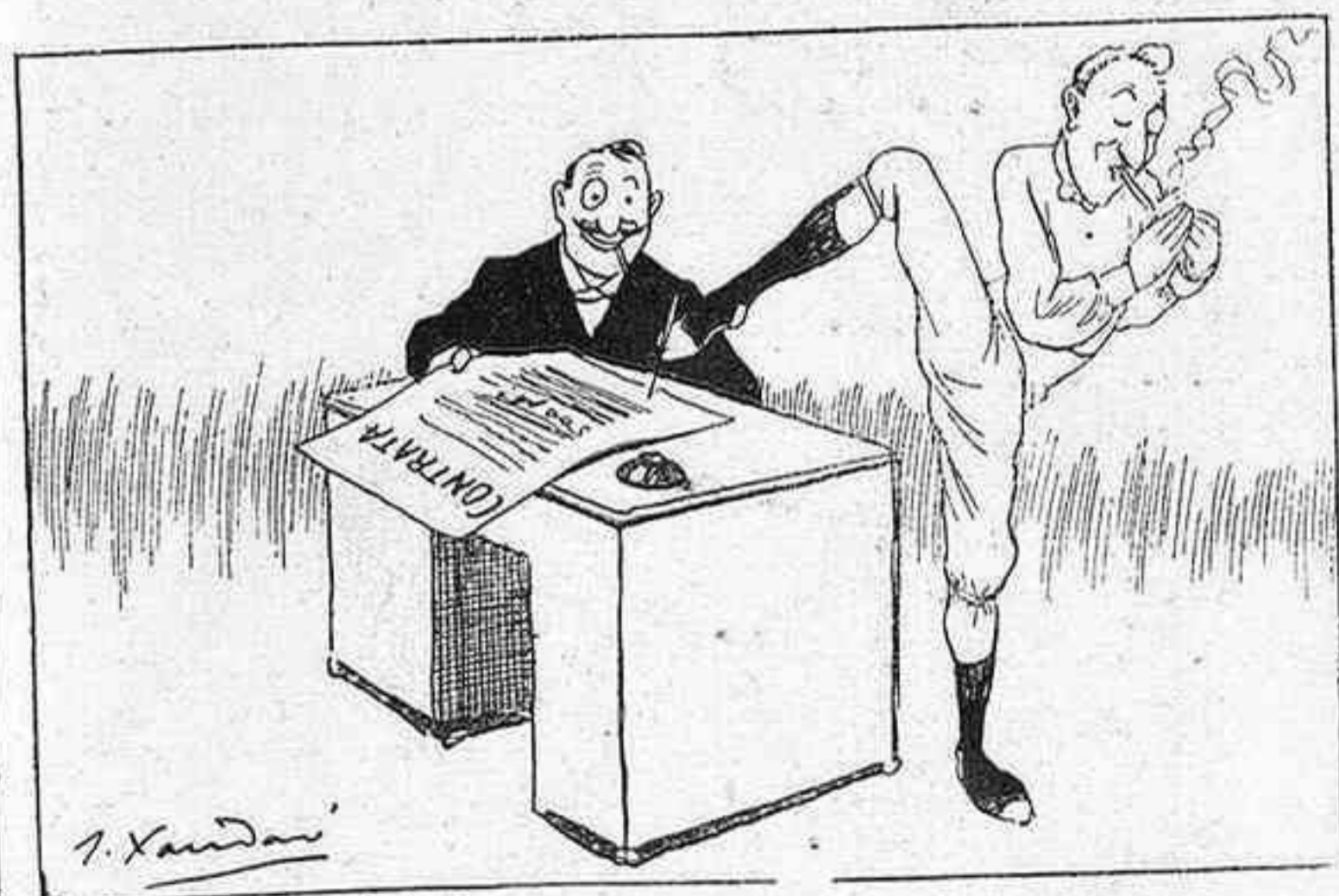
3. —Y en un momento...



4. —Podrá usted ver...



5. —La arrogante figura que tengo...



6. —¡Trato hecho!



Cartel publicado por la «Casa J. Sensat», de Barcelona.